

EFFECTOS AMBIENTALES DEL ARMAMENTISMO

Juan Manuel PORTILLA

“Hay que escoger entre nuevas generaciones de armas y futuras generaciones humanas”.¹ La frase anterior tiene la gran virtud de expresar en pocas palabras el gravísimo dilema que enfrenta la humanidad. La actitud bélica del hombre no es nueva y no hay un solo capítulo de la historia en que no se haya recurrido al uso de las armas para dirimir un conflicto entre los beligerantes o para imponer violentamente la voluntad de un actor sobre otro.

Lo que sí es nuevo es la enorme capacidad destructiva alcanzada por las armas modernas, las que, merced a la revolución científico-tecnológica, tienen en la actualidad la posibilidad de alterar de manera irreversible los ecosistemas, los cuales, por consistir en comunidades biológicas irremplazables de las que el hombre forma parte, son absolutamente indispensables para la existencia de éste.

Antiguamente, las consecuencias ambientales de las actividades militares eran mínimas y en el peor de los casos se limitaban al incendio de bosques o al envenenamiento de víveres, lo cual producía efectos igualmente limitados en tiempo y espacio.

Entre 1945 y 1979 tuvieron lugar unas 130 guerras civiles y regionales en las que participaron alrededor de 81 países, en su mayoría del Tercer Mundo. Además de los sufrimientos humanos y de un desperdicio astronómico de recursos, por lo menos doce de tales guerras causaron considerables daños ambientales. La mayoría de estas guerras han devastado tierras de cultivo. La Segunda Guerra Mundial causó una reducción a corto plazo del 38% de la productividad agraria de diez naciones; el ritmo de recuperación fue de 8.3% anual.² En guerras más recientes se han desplegado nuevos tipos de armas como municiones de alto poder explosivo, agentes químicos y materiales incendiarios, produciendo efectos ambientales todavía mayores.

¹ Palabras del secretario general de las Naciones Unidas ante el Comité de Desarme de Ginebra, 15 de febrero de 1983. *Crónica de las Naciones Unidas*, vol. XX, núm. 7, julio de 1983.

² “Efectos ambientales de las actividades militares”, *El estado del medio ambiente*, Nairobi, Kenia, PNUMA, 1981, p. 45.

En el sur de Vietnam los herbicidas químicos destruyeron por completo 15 000 km² de manglares y causaron daños en otros 15 000 km² aproximadamente, y la recuperación está resultando alarmantemente lenta. Uno de tales defoliantes, el llamado agente naranja, contenía como impureza más de 100 kg de dioxina, y la difusión de esa sustancia ha causado desde entonces defectos de nacimientos, abortos y cáncer de hígado en los seres humanos.³ Los objetivos militares de la utilización de dichos herbicidas produjo resultados inmediatos: selvas y bosques fueron destruidos y los cultivos de arroz, plátano, tomate y papaya se arruinaron. El daño no paró ahí y las hojas ricas en nutrientes cayeron, provocando el empobrecimiento de los ecosistemas locales. La invasión de tenaces hierbas malignas prosiguió a la destrucción de la vegetación existente. Desprovista de su hábitat de sustento y abrigo, la vida silvestre desapareció. La devastación de los bosques de manglares destruyó de manera similar las fuentes de alimentación de peces y crustáceos. En algunos casos, esta devastación de comunidades bióticas activas requerirá generaciones para recuperarse. Aún más, los efectos nocivos a la salud humana de tales armas químicas están siendo sufridas actualmente tanto por quienes las utilizaron como por sus víctimas, ya que ambos estuvieron igualmente expuestos a los herbicidas.⁴

A más de quince años de distancia, noticias provenientes de Washington indican que ante una eventual demanda a promoverse por los representantes de más de 40 000 ex combatientes norteamericanos en Vietnam, las siete compañías que fabricaron el defoliador llamado agente naranja se comprometieron a entregar 180 millones de dólares a los ex combatientes que reclamen indemnización por los daños sufridos, esencialmente enfermedades de la piel y del hígado, así como perturbaciones nerviosas. Agrega la nota que los querellantes "conocidos" serán inmediatamente indemnizados, y que se formará un fondo para atender a los eventuales ex combatientes que presenten reclamaciones.⁵

Aunque tardíamente, en alguna medida se está obrando con justicia al indemnizar a los ex soldados norteamericanos, ¿pero y qué hay de los centenares de miles de vietnamitas que resultaron afectados?, ¿a qué tribunal deben recurrir para que proceda en igual forma con ellos?

³ *Ibid.*, p. 46.

⁴ Lauren, P.G., "War, Peace and the Environment", *International Dimensions of the Environmental Crisis*, Edited by Richard N. Barret, Boulder, Colorado, Westview Press, p. 82.

⁵ *Excélsior*, 8 de mayo de 1984.

Si bien no ha podido comprobarse plenamente, existen indicios que permiten suponer que la Unión Soviética ha utilizado en Afganistán agentes químico-biológicos en contra de las guerrillas musulmanas y la población civil.

Otro género de modernas armas capaces de infringir graves daños ambientales es el de los agentes biológicos, los cuales están diseñados para propagar rápidamente enfermedades altamente infecciosas entre las tropas de los oponentes y la población, provocando problemas que van desde las náuseas hasta violentos dolores de cabeza, desde ceguera temporal hasta agudas conjuntivitis o desde hemorragia retinal hasta la muerte. Entre los microorganismos seleccionados para la guerra de gérmenes se encuentran los que producen enfermedades bacterianas tales como peste bubónica, fiebre aftosa y encefalomiелitis. Una vez liberados, estos agentes son altamente incontrolables e incapaces de distinguir aliado y enemigo, o aun entre hombres y otras formas de vida.⁶

La moderna tecnología puede destruir al planeta Tierra no sólo a través de daño y devastación que causa durante el combate, sino también a través de la utilización de auténticas armas ambientales y geofísicas. Por milenios, el hombre ha tratado infructuosamente de dominar al medio ambiente y a sus procesos naturales en su beneficio, y para ello ha utilizado fórmulas mágicas y ritos religiosos. Ahora, el conocimiento científico ha venido a hacer realidad ese ancestral anhelo, supliendo los viejos métodos, y ya es posible realizar ciertas modificaciones geofísicas. Como siempre, dichas innovaciones ofrecen usos pacíficos que resultan sumamente positivos, como en los casos de producción agrícola y visibilidad en los aeropuertos; sin embargo, el aspecto negativo consiste en su posible utilización para propósitos deliberados de destrucción. Mediante la introducción de elementos extraños en la composición del ambiente tales como hielo seco, plata o propano líquido se puede producir artificialmente lluvia, por ejemplo, la cual sería utilizada para obstaculizar la movilización del enemigo, bloquear las rutas de transporte y producir inundaciones. Podrían dispersarse nubes y niebla para visualizar libremente los blancos de ataque. Podrían crearse tormentas eléctricas para incrementar las descargas naturales provocando incendios y destruyendo las vías de comunicación. Tornados y huracanes podrían producirse o dirigirse para provocar fuertes vientos, torrenciales lluvias y enormes marejadas para destruir puertos, flotas y aeropuertos.⁷ Actualmente, se llevan a

⁶ Lauren, P.G., *op. cit.*, p. 81.

⁷ *Ibid.*, p. 83.

cabo estudios que examinan la posibilidad de esparcir una capa de aceite sobre los océanos y lagos para evitar la evaporación con objeto de provocar tormentas y malas cosechas; de estimular las erupciones volcánicas y los movimientos telúricos para destruir bases militares e instalaciones estratégicas; de crear orificios en la capa de ozono de la atmósfera para destruir la vida al no haber protección contra los rayos solares; y de derretir las capas de hielo polares para producir inundaciones y el devastamiento de las zonas costeras.⁸

Si bien la mayoría de los proyectos descritos no han sido llevados aún a la práctica, existen serias evidencias de que Estados Unidos realizó una guerra ambiental en Vietnam de 1967 a 1972 con más de 2 000 misiones clasificadas para sembrar nubes con objeto de intensificar y prolongar lo temporada anual de lluvias.⁹

Por ser más conocidos sus efectos y en virtud de haber sido ensayadas en más de 1 500 ocasiones, además de su uso directo en contra del enemigo en una oportunidad, he dejado para el final los comentarios sobre las mortíferas armas nucleares.

Las explosiones nucleares despiden enormes cantidades de radiaciones, las cuales toman forma de pequeñas partículas, que pueden ser mortales no sólo por minutos, días o semanas —como otras previas armas en la historia— sino por años, incluso por siglos, por ejemplo: la vida media (tiempo requerido por la radiactividad de un elemento dado para decaer a la mitad de su valor inicial) del isótopo plutonio 239 es de 24 000 años.¹⁰

La radiación externa se contrae al exponerse a las partículas suspendidas en el aire o depositadas en la superficie y resulta en graves quemaduras, ataxia (pérdida del control motor), desórdenes inmunológicos y hematológicos, alopecia (caída del tejido piloso) y la muerte. La radiación interna se contrae al ingerir o respirar materiales contaminados que pasaron a la cadena alimenticia de las plantas al hombre. Las consecuencias de esta exposición pueden resultar en leucemia, lesiones tiroideas, daños óseos o alteración genética en los órganos reproductores dañando así no sólo a los presentes sino también a los aún no nacidos.¹¹

Las armas nucleares tácticas, o aquellas utilizadas en escenarios locales, presentan adicionalmente otra fuente de radiación. En particular existe un novedoso artefacto conocido popularmente como bomba de neutrones, la cual está diseñada para matar a los seres vivientes y

⁸ *Ibid.*, p. 84.

⁹ *Idem.*

¹⁰ Lauren, P.G., *op. cit.*, p. 79.

¹¹ *Ibid.*, p. 80.

dejar intactos a los objetos inanimados. Dicho artefacto puede causar grave daño a la diversa biota y a los ecosistemas, desde los mamíferos y aves, hasta la vegetación, incluyendo a los microorganismos. El alcance del impacto ambiental de tales armas es muy severo. Por ello, las armas nucleares poseen el potencial para una "catástrofe ecológica", la cual no tiene precedente en la historia del mundo.¹²

De conformidad con un estudio reciente,¹³ los sobrevivientes de una guerra nuclear en el Hemisferio Norte morirían de frío como consecuencia de un desastre climático global que mataría a miles de millones de personas y, en el proceso, prácticamente eliminaría a la especie humana. El citado informe explica que una semana después de la guerra nuclear cubriría al Hemisferio Norte (la región en que con toda probabilidad tendría lugar la guerra nuclear) una penumbra de hollín que podría durar meses. Como la exposición nuclear de cada megatón lanzaría a la atmósfera 100 mil toneladas de un polvo fino, la nube se extendería rápidamente, alimentada en parte por el humo procedente de violentos incendios urbanos y por explosiones en el aire y en la tierra. Finalmente, el humo, el hollín y el polvo bloquearían, en forma efectiva, la mayor parte de la luz solar y hundirían a la región en un invierno nuclear con temperaturas por abajo de cero y continuas nevadas.

Debido a la violenta caída de la temperatura, el agua superficial se congelaría y la mayoría de los animales restantes morirían de sed. A los sobrevivientes humanos no les iría mucho mejor. Si ocurriera una guerra nuclear en la primavera o el verano, prácticamente todos los cultivos en el Hemisferio Norte serían destruidos y los seres humanos se enfrentarían al hambre. Debido a la reducción de la luz solar, se detendría la fotosíntesis en las plantas; transportando así la cadena alimentaria íntegra con espantosas consecuencias para los pocos animales y seres humanos existentes.

Resumiendo este cuadro, el biólogo Paul Ehrlich de la Universidad de Stanford hizo notar que:

si se suprimiera la luz, la temperatura descendería a 40° bajo cero, a mediados de julio a la vez que la radiación se elevaría produciendo un desastre biológico sin precedentes. Se podría uno despedir del Hemisferio Norte y no podríamos evitar la extinción del *homo sapiens*.¹⁴

¹² *Idem*.

¹³ Russel, Stephanie, "¿Un invierno sin fin?", *Foro del Desarrollo*, vol. XII, núm. 1, enero-febrero de 1984, p. 1.

¹⁴ *Ibid.*, p. 10.

Aun cuando el clima y las temperaturas del Hemisferio Norte serían afectados en forma drástica, casi inmediatamente la nube de polvo radiactivo y de hollín se extendería también al Hemisferio Sur en forma acelerada por cualquier trastorno en la circulación mundial. Se señala que la propagación de cenizas producidas por el volcán Chichónal en México, alrededor del mundo, mostró que el clima de las regiones puede ser afectado, en forma adversa, por desastres climáticos que tengan lugar a miles de kilómetros de distancia.

Las más afectadas por una reducción en la luz solar en el Hemisferio Sur serían las selvas tropicales que no pueden soportar incluso cortos periodos de frío y obscuridad. Si la obscuridad y el frío prevalecieran en los trópicos por un periodo más largo, las selvas, una fuente importante de la diversidad orgánica, podrían, con toda probabilidad, desaparecer. Además, los países que están en vías de desarrollo que dependen, en gran parte, de los alimentos importados del Hemisferio Norte, se enfrentarían a la suspensión inmediata de las importaciones. Como resultado de ello, las personas serían forzadas a salir de ciudades a los bosques, tratando de encontrar alimentos, acelerando aún más la destrucción del frágil ecosistema de los bosques. Así que los efectos de una guerra nuclear en el Hemisferio Norte se harían sentir en todo el mundo.

Concluye el estudio que es un supuesto comúnmente compartido entre los científicos el de que cien millones de personas morirían inmediatamente en las primeras horas de una guerra nuclear y que otros cien millones morirían a consecuencia de los efectos ulteriores. Ehrlich esbozó un cuadro sombrío del mundo después de una guerra nuclear para quienes lograran vivir después de ella: "los dos o tres millones de sobrevivientes quedarán para morir de hambre en un mundo oscuro y congelado". Agrega que, a largo plazo, probablemente no habría sobrevivientes en el Hemisferio Norte y sólo unos cuantos grupos aislados de personas quedarían en el Hemisferio Sur, y añade: "tenemos muy buenas razones para estar asustados".¹⁵

El arranque de la preocupación ambiental mundial se generó a partir de la Conferencia de Estocolmo de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano en 1972, y un principio del documento final de la conferencia proclama que: "se debe evitar que el hombre y su medio ambiente sufran los efectos de las armas nucleares y de todos los demás medios de destrucción en masa". En seguida se agrega que: "Los Estados deben luchar para llegar a un acuerdo rápido... sobre la eliminación y completa destrucción de tales armas."

¹⁵ *Idem.*

Durante el decenio pasado la población mundial ha aumentado de unos 3 800 millones de habitantes, en 1972, a una población estimada en 4 600 millones y se espera que para el año 2000 alcance los 6 100 millones.¹⁶ La mayoría de este enorme, rápido y abrumador aumento, ha tenido lugar en las naciones en desarrollo, que representan el 70% de la población mundial y cuyo potencial agrícola y medio ambiente natural han sido sometidos a presiones que van hasta el límite y aún más allá.

Los tres principales recursos renovables del mundo —los bosques, la tierra de pastos y las pesquerías— llegaron a ser utilizados con rapidez mayor que su tasa natural de recuperación; el número de personas subalimentadas en el mundo sigue aumentando y es ahora más alto que nunca antes en la historia; además, el mundo ha presenciado la pérdida general de tierra vegetal y de suelos agrícolas, la propagación de los desiertos y una tasa rápidamente creciente de extinción de especies, lo que conduce a una creciente pérdida de diversidad biológica.

Es dentro de este contexto del medio ambiente y del desarrollo con él relacionado, que debemos considerar al sector militar de la sociedad. En 1980, los gastos militares mundiales fueron de 500 mil millones de dólares, o sea aproximadamente 110 dólares por cada hombre, mujer y niño del mundo.

Anualmente, durante los últimos treinta años, del 5 al 8% de la producción total mundial se ha asignado a gastos militares. Se calcula que, en la actualidad, alrededor de 50 000 ojivas nucleares se hallan desplegadas, y su potencia explosiva combinada equivale a aproximadamente un millón de bombas como la que cayó sobre la ciudad de Hiroshima en 1945.

La coexistencia de altas tasas de gastos militares y de tasas elevadas de crecimiento económico no indica un vínculo causal entre el armamento y el desarrollo.

Existe una relación competitiva entre la carrera de armamentos y el desarrollo. Los gastos militares, por definición, reflejan consumo de recursos y no un insumo en las inversiones.

El comercio internacional de armamentos es de suma importancia económica, así como política. Se calcula que más de 26,000 millones de dólares son destinados anualmente al tráfico de armamentos por los países en desarrollo y los países desarrollados. Al mismo tiempo, en distintas partes del mundo hay alrededor de 570 millones de perso-

¹⁶ Westing, Arthur H., "En busca de la seguridad. ¿Cuánto tiempo puede resistir el planeta?", *Foro del Desarrollo*, vol. 11, núm. 3, abril-mayo de 1983, p. 1.

nas malnutridas, 800 millones de analfabetos, 1 500 millones de seres humanos que carecen de todo o en parte de servicios médicos y 250 millones de niños que no van a la escuela.¹⁷ Ante tales gastos, que han representado entre el 5 y el 6% de los productos nacionales brutos combinados del mundo, podría uno sentirse tentado a suponer que las actividades militares son responsables por aproximadamente esa proporción del agotamiento de los recursos naturales y contribuyen más o menos en esa proporción a la producción global de contaminantes.¹⁸

De hecho, varios factores contribuyen a una ampliación desproporcionada del impacto de las actividades militares sobre el medio ambiente. Por ejemplo, ciertos recursos relativamente escasos —cobre, plomo, germanio y titanio, entre otros— son utilizados a un nivel relativamente elevado por el sector militar. Además, ciertos contaminantes perniciosos del aire y de agua —especialmente los desperdicios radiactivos— son en gran medida un corolario del sector militar.

El sector militar emplea quizás hasta del 30 al 40% de todos los hombres de ciencia e ingenieros, cuyos esfuerzos podrían, en vez de ello, dedicarse a atacar problemas globales de salud, de alimentos y ambientales. Según cálculos de un estudio de 1979, la fuerza de trabajo empleada por la industria militar en los países cubiertos por dicha investigación, es como sigue: Estados Unidos: 2 millones (1974); Unión Soviética: 4 800 000; República Federal de Alemania: 325 000; Reino Unido: 600 000; Egipto: 40 000; Israel: 70 000 e India: 270 000. Estas fuerzas laborales incluyen más ingenieros, hombres de ciencia y gerentes que en la economía civil, muchos de ellos altamente especializados para desempeñar tareas en la producción militar.¹⁹

En la actualidad continúa deteriorándose el medio ambiente mundial, el desarrollo sigue siendo lento y errático y la seguridad internacional se ha vuelto cada vez más escurridiza. Lo que es más importante, la amenaza de un holocausto nuclear aún perdura y está aumentando. No se puede negar que durante el último decenio han sido identificados, vigilados e investigados muchos de los problemas asociados con el medio ambiente, el desarrollo, la paz y la seguridad. En verdad, el reconocimiento oficial de una relación triple entre la protección al medio ambiente, el desarrollo racional, y la paz y seguridad internacionales, constituyó el acontecimiento más innovador e importante de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio

¹⁷ "Estudio de la relación entre desarme y desarrollo", *Desarme. Nota descriptiva núm. 21*, Centro de las Naciones Unidas para el Desarme, p. 1.

¹⁸ Westing, Arthur H., *op. cit.*, p. 10.

¹⁹ Trotter, Andrew, "¿Es viable la conversión de la industria militar para beneficios civiles?", *Foro del Desarrollo*, vol. X, núm. 8, nov.-dic. de 1982, p. 16.

Ambiente, celebrada en Nairobi en 1982. Sin embargo, muchos de esos esfuerzos más constructivos y mejor intencionados del pasado (ya sea efectuados por los organismos intergubernamentales, los gobiernos o las organizaciones no gubernamentales) se han vuelto, en el mejor de los casos, paliativos temporales, porque no han reconocido la verdadera profundidad y amplitud de problemas.

Todos los Estados deben tener como meta la de que su seguridad estrictamente militar descansa en estrategias y arsenales defensivos, no provocativos, y que estos últimos sean incapaces (o esencialmente incapaces) de proyectarse más allá de los límites territoriales, un enfoque reforzado por una estrategia de resistencia civil no violenta en caso de ocupación. Bajo ninguna circunstancia puede tolerarse el uso, la amenaza de uso, o incluso la posesión de armas nucleares. Estas son simplemente demasiado genocidas y excesivamente perjudiciales para el medio ambiente para cualquier propósito imaginable. Así que la abolición de las armas nucleares continúa siendo el tema de más alta prioridad en el programa humano.²⁰

Por ello, deben redactarse y aprobarse nuevos tratados que conduzcan a la abolición de las armas nucleares; a la prohibición de las armas químicas y de otras armas de destrucción en masa; a la protección y uso equitativo de los océanos, de la atmósfera y otros elementos del patrimonio común de la humanidad; a la protección de regiones ecológicamente frágiles e importantes por otras razones; y a la protección de las especies de la flora y la fauna en peligro de extinción.

Los acuerdos existentes hasta la fecha en esta materia podemos dividirlos en dos grupos:²¹ el primero de ellos está constituido por tratados que se relacionan directamente con el medio ambiente y el segundo de aquéllos cuyo objetivo es fundamentalmente la limitación de armamentos.

Primer grupo

A) La Convención de 1977 sobre la prohibición de utilizar técnicas de modificación ambiental con fines militares u otros fines hostiles.

B) El Tratado Antártico.

C) El Protocolo I (Protocolo adicional a los Convenios de Gine-

²⁰ Westing, Arthur H., *op. cit.*, p. 10.

²¹ "Efectos ambientales de las actividades militares", *op. cit.*, p. 51.

bra relativo a la protección de las víctimas de los conflictos armados internacionales.

D) El Protocolo relativo a la prohibición del empleo en la guerra de gases asfixiantes, tóxicos o similares y de medios bacteriológicos.

E) La Convención sobre la prohibición del desarrollo, la producción y el almacenamiento de armas bacteriológicas y tóxicas y sobre su destrucción.

F) La Resolución 2603 (XXIV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, respecto al uso en conflictos armados de agentes químicos.

G) El inciso a) del artículo 23 de las normas de La Haya de 1907 sobre las leyes y costumbres de la guerra terrestre, por las que se prohíbe el empleo de veneno o armas envenenadas.

H) Tratado por el que se prohíben los ensayos con armas nucleares en la atmósfera, el espacio ultraterrestre y debajo del agua.

I) Tratado sobre prohibición de emplazar armas nucleares y otras armas de destrucción en masa en los fondos marinos y oceánicos y su subsuelo.

J) Tratado sobre la limitación de los ensayos subterráneos con armas nucleares, entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

K) Tratado sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes.

L) Convención sobre prohibiciones o restricciones del empleo de ciertas armas convencionales que pueden considerarse excesivamente nocivas o de efectos indiscriminados.

Segundo grupo

A) El Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares.

B) El Tratado sobre la proscripción de las armas nucleares en América Latina.

C) Los Acuerdos entre la Unión Soviética y Estados Unidos para la limitación de las armas estratégicas.

D) Los Acuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética y entre Francia y la Unión Soviética sobre la prevención de la guerra nuclear.

CONCLUSIONES

La paz no sólo es el estado de no guerra, sino que también tiene

amplios alcances en la esfera de lo político, lo económico y lo social, ámbitos éstos que constituyen la sociosfera, la cual resulta de la unión de la biosfera, en cuanto elemento aglutinador de vida y energía, y la noosfera, que incluye el mundo del pensamiento humano; de tal manera que el hombre y su medio ambiente forman una compleja unidad holística.

Tal perspectiva de síntesis ecológica social nos permite visualizar al planeta Tierra como un gigantesco ecosistema integrado: ecosfera, cuyos procesos naturales se ven grandemente amenazados por las actividades depredatorias de uno de sus componentes: el hombre, a tal grado que su existencia misma pende de un frágil hilo.

En la cuestión del armamentismo, la estupidez e irracionalidad de sus propósitos rebasan todo parámetro de la lógica, puesto que es el único caso en que el hombre daña al medio ambiente en forma deliberada, y no de manera accidental o involuntaria como cuando contamina a causa de la industrialización, el transporte, o cualquier otro proceso tecnológico, en los cuales el hombre persigue esencialmente satisfacer sus necesidades y no un daño intencional al medio ambiente.

Tan absurda actitud implica un círculo vicioso, ya que no sólo se sufren las consecuencias directas del impacto ambiental de las actividades militares, sino que colateralmente la distracción de recursos y el despilfarro de talentos en tan obscena tarea despoja a las oleadas de hambrientos del mundo de toda oportunidad a alcanzar un mínimo desarrollo, que les permita superar su aguda subalimentación y aspirar a una vida digna en este convulso planeta.

La responsabilidad de la presente generación es aterradoramente comprometedora, pues de seguir como estamos privaremos a nuestros descendientes de toda oportunidad a existir e incluso arrancaremos de nuestros antecesores toda historia, toda vestigio de su presencia.

Por ello, la única viable alternativa para la preservación de nuestro medio ambiente y para la continuación de la especie humana es la implantación de un Nuevo Orden Internacional que rediseñe las injustas estructuras de la sociedad internacional actual y que ofrezca nuevas opciones de vida y bienestar a todos y cada uno de nuestros congéneres, sin distinciones de raza, ideología o credo.